

**Pensar la transición y la democracia:
el partido comunista y su horizonte de expectativa democrático.
(1977 – 1989)¹**

*Thinking about transition and democracy:
The communist party and its horizon of democratic expectations
(1977 – 1989)*

Francisco del Campo Cerda².

RESUMEN

El presente artículo indaga en tres aspectos fundamentales relacionados al Partido Comunista de Chile, durante la dictadura militar. En primer lugar, indaga sobre las formas cómo el PC pensó el proceso de transición y la democracia futura a partir de 1977, dando cuenta sobre las tensiones ideológicas que supuso tal esfuerzo. En segundo lugar, describe el rol que cumplieron los intelectuales comunistas al momento de definir los nuevos límites de las “ideas comunistas”, en un contexto nacional e internacional de radical cambio ideológico. En tercer lugar, muestra la manera en que las ideas y los intelectuales comunistas respondieron a las objeciones ideológicas recibidas desde la denominada “renovación socialista”.

Palabras claves: Partido Comunista, intelectuales, ideas, marxismo, leninismo, renovación socialista.

ABSTRACT.

The present article investigates in three fundamental aspects related to the Communist Party of Chile, during the military dictatorship. First, it investigates the ways in which the PC thought the transition process and the future democracy from 1977, giving an account of the ideological tensions that this effort involved. Second, it describes the role played by communist intellectuals when defining the new limits of "communist ideas", in a national and international context of radical ideological change. Third, it shows how communist ideas and intellectuals responded to the ideological objections they had received from the so-called "socialist renovation."

Keywords: Communist Party, intellectuals, ideas, Marxism, Leninism, socialist renovation.

Recibido: Agosto 2016

Aceptado: Noviembre 2016

Introducción

Una de las interrogantes fundamentales que se plantea el presente texto refiere a la forma cómo el Partido Comunista de Chile pensó la transición y la democracia, durante los años de dictadura militar. En tal sentido, nos proponemos indagar en la manera cómo el PC chileno se planteó uno de los problemas políticos fundamentales dentro del contexto dictatorial de los años '80: el modo en

¹ El presente artículo fue desarrollado en el marco del proyecto FONDECYT n° 1150049

² Magíster en Historia, Universidad de Santiago de Chile. Profesor del Programa de Bachillerato en Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Diego Portales. (francisco.delcampo@udp.cl)

que la transición propiamente tal debía desarrollarse y los rasgos fundamentales que debía tener el régimen democrático sobreviniente. Esto nos permitirá observar de qué maneras los intelectuales³ y las ideas políticas⁴ cumplieron un rol fundamental en la reconfiguración de las culturas políticas⁵, que en términos amplios, estaban en transformación durante los años en estudio, en el amplio espectro de la política nacional como resultado de los efectos devastadores del golpe de Estado de 1973, y del régimen que le siguió. Así, y siguiendo lo planteado por Juan Andrade, podremos aproximarnos a aquellas propuestas de época que “no ondearon la bandera de las <<reforma

³ Sobre la materia consultar Mella, M. 2001 “Referentes Internacionales Para el Giro Reformista de la Izquierda Chilena (1975 – 1990)”. En Espacios Públicos, Vol. 14, N°30, Universidad Autónoma del Estado de México, enero – abril; Mella, M. 2015. “Marxismo – Leninismo, pensamiento iconoclasta y nuevo sentido común socialista en Chile durante la década de 1980” en Revista Izquierdas, n° 24, julio, IDEA – USACH, p. 59.

⁴ Moyano, C. “Pensar la Transición a la Democracia: Temas y Análisis de los Intelectuales MAPU en SUR y FLACSO. 1976 – 1989”; Mella, M. “Los Intelectuales de los Centros Académicos Independientes y el Surgimiento del Concertacionismo”. Los textos indicados se encuentran en Mella, M (Comp.). 2011. Extraños en la noche. Intelectuales y usos políticos del conocimiento durante la transición chilena. Santiago, Editorial RIL. Moyano, C. 2009. “Un Acercamiento Histórico Conceptual al Concepto de la Democracia en la Intelectualidad de la Izquierda Renovada. Chile, 1973 – 1990”. Revista Izquierdas, año 2, N°3. USACH – IDEA. También, pero aun inédito, el texto de Moyano, C. “La Revista Proposiciones: Espacios de Sociabilidad intelectual y Producción de Saberes en el Campo Intelectual de la Izquierda Chilena Durante los `80”.

⁵ La producciones que refieren al estudio de las culturas políticas en Chile se han ido consolidando y diversificando. Las investigaciones que se cuentan han indagado en los procesos de constitución del orden republicano en Chile durante el siglo XIX (Jocelyn – Holt, A. 2009. La independencia de Chile. tradición, modernización y mito. Santiago, ed. Planeta; Stuenkel, A. 1997. “Una Aproximación a la Cultura Política de la Elite Chilena: Concepto y Valorización del Orden Social”. Revista Estudios Públicos, N°66. CEP – CHILE; Stuenkel, A. 2000. La seducción de un orden: las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX, Santiago, ediciones Universidad Católica de Chile; Pinto, J. y Valdivia, V. 2009. Chilenos todos. La construcción social de la nación (1810 – 1840). Santiago, ed. LOM); en la crisis del orden oligárquico y el surgimiento de nuevas prácticas políticas durante finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX (Pinto, J. y Valdivia, V. 2001. ¿Revolución proletaria o querida chusma?: socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911 – 1932). Santiago, ed. LOM; Aránguiz, S. 2012. Rusia roja de los soviets: recepciones de la revolución rusa, del bolchevismo y de la cultura política soviética en el mundo obrero revolucionario chileno (1917 – 1927). Tesis para optar al grado de Doctor en Historia. Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia; Massardo, J. 2008. La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren. Contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena. Santiago, ed. LOM; Urtubia, X. 2015. Hegemonía y cultura política en el partido comunista de Chile: la transformación del militante tradicional, 1924 – 1933. Santiago, ed. Ariadna Universitaria; y en los últimos años, han concentrado su mirada en el desarrollo de la historia política reciente. Los ejes de estas nuevas propuestas han atendido a los procesos históricos que se desarrollaron en torno a la construcción revolucionaria del socialismo durante la década del `60 y del `70, el peso de la Dictadura Militar en el transcurso de sus 17 años de duración y el retorno a la democracia en Chile postdictatorial a partir de marzo de 1990. Así, estas propuestas han quedado plasmadas en trabajos como los de Moyano, C. 2009. Mapu o la seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del partido – mito de nuestra transición. (1969 – 1973). Santiago, ed. Universidad Alberto Hurtado; y Moyano, C. 2012. El Mapu durante la dictadura. Saberes y prácticas políticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile. 1973 – 1989. Santiago, ed. Universidad Alberto Hurtado; Casals, M. 2016. La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la <<campaña del terror>> de 1964. Santiago, ed. LOM; Álvarez, R. 2003. Desde las sombras. una historia de la clandestinidad comunista, (1973 – 1980). Santiago, ed. LOM; Álvarez, R. 2011. Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura. 1965 – 1990. Santiago, ed. LOM; y Álvarez, R. 2015. Gremios empresariales, política y neoliberalismo. Los casos de Chile y Perú (1986 – 2010). Santiago, ed. LOM; Muñoz, V. 2016. Historia de la UDI. Generaciones y cultura política (1973 – 2013). Santiago, ed. Universidad Alberto Hurtado.

pactada>>, el <<consenso>>, la <<concertación social>> (...), sino que otros proyectos y otros idearios que deben tenerse en cuenta para comprender aquellos tiempos al menos desde sus propios parámetros”⁶. En tal sentido, el PC chileno se nos presenta como un partido que, siendo una de las víctimas iniciales y principales de la acción represiva⁷, no solo tuvo que lidiar y sobrevivir al terrorismo de Estado, sino que también tuvo que desplegar una estrategia de lucha cultural, como resultado de un contexto nacional y mundial dentro del cual la vigencia de las matrices ideológicas que le habían dado sustento histórico, e identidad política, fueron objeto de un pormenorizado escrutinio y evaluación.

Considerando lo anterior, es posible sostener que la transición a la democracia, durante la dictadura militar del general Pinochet, estableció un espacio para la deliberación política que tuvo como resultado no solo la revalorización de la democracia, sino que también facilitó que la misma se constituyera como una “idea límite”, posibilitando su articulación en calidad de artefacto intelectual dispuesto para el sostenimiento de un conjunto de prácticas políticas que se ponían a disposición para facilitar, o en algunos casos con la pretensión de precipitar, el retorno democrático. Todo esto contribuyó para delinear un campo para la discusión política – intelectual que partía por definirse desde aquello que no se quería: “el autoritarismo”⁸.

De este modo, trabajar históricamente sobre el debate que desde el exilio desarrolló el PC en torno a los puntos planteados, y que quedaron expuestos principalmente en su Boletín del Exterior (coloquialmente llamado “Boletín Rojo”), permite penetrar no solo en la disputa de las ideas en conflicto, sino que también hace posible dar cuenta sobre las voces intelectuales que asumieron la función política de condensar las miradas que dentro del comunismo nacional se estaban desarrollando sobre el proceso de cambio y renovación. También, nos permitirá mirar la manera como el PC estaba recepcionando los debates que en el escenario político de la izquierda nacional se estaba desarrollando. De ahí que nuestra atención se centrará en comprender la manera cómo el PC hizo una relectura de las matrices ideológicas que le habían dado fundamento; pero también posibilitará atender a la manera cómo el mismo Partido Comunista procesó aquellas miradas críticas que establecían como prioritario la necesidad de renovar el “pensamiento socialista” durante un periodo de profundos cambios políticos y culturales, tal como lo fueron los últimos años de la década de 1970 y la primera mitad de los años ‘80.

⁶ Andrade, J. 2015. El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político. España, ed. Siglo XXI Editores, pp. 36 y 37.

⁷ Guzmán, N. 2016. El Fanta. Historia de una Traición. Santiago, CEIBO ediciones; Hertz, C. Ramírez, A. Salazar, M. 2016. Operación exterminio. La represión contra los comunistas chilenos (1973 – 1976). Santiago, ed. LOM.

⁸ Lesgart, C. 2002. “Usos de la Transición a la Democracia. Ensayo, Ciencia y Política en la Década de los Ochenta”. En ESTUDIOS SOCIALES. Revista Universitaria Semestral, año XII, Nº 22-23. Universidad Nacional del Litoral, p. 164. Trabajo que resume lo que se propone en términos más extensos y detallados en su libro Lesgart, C. 2003. Los usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década de los ‘80. Argentina, ed. Homo Sapiens Ediciones. En especial el capítulo que lleva por nombre “Ajuste de cuentas con las expectativas montadas sobre la transición”, pp. 203 – 242.

Ideas en disputa para la conceptualización de la transición en el PC

El 14 de enero de 1977, en el Kremlin, Luis Corvalán recibía de manos del Presidente del Consejo Supremo de la URSS la Orden de Lenin. En dicha instancia, el Secretario General del PC chileno afirmaba que el marxismo – leninismo conquistaba cada día más adeptos, constituyéndolo en la fuerza política de mayor influencia⁹. En tales términos, y siguiendo sus palabras, la matriz ideológica del PC reafirmaba su condición de ser el “arma ideológica” principal que “nos permitirá, junto con el partido socialista, a toda la Unidad Popular, cumplir con la gran tarea de unir a nuestro pueblo en la lucha por derribar a la Junta fascista, crear un gobierno democrático ampliamente representativo y reemprender el camino de las grandes transformaciones sociales en nuestra patria”¹⁰. Con ello, se delineaba así un trazado que, a pocos años de la ocurrencia del Golpe de Estado, consideraba la necesidad de un enfrentamiento a la dictadura militar, con la intención de posibilitar el arribo de una democracia que se dispusiera al logro de los fines históricos que el PC había definido.

Considerando lo anterior, en un contexto de reafirmación de las convicciones y de principios políticos históricos, el Partido Comunista sostenía en 1979:

“...nos sentimos legítimamente orgullosos de ser comunistas, inspirarnos en el pensamiento de Karl Marx y Vladimir Lenin, sabernos correligionarios y hermanos de la lucha de los comunistas soviéticos, cubanos, de la República Democrática Alemana, de los demás países del campo socialista...”¹¹

El Partido se vio enfrentado a la necesidad de reafirmar su postura respecto de los principios doctrinarios que habían organizado su sustrato teórico. La experiencia devastadora del Golpe y la realidad apremiante de la vida en clandestinidad, o exilio, impuso un desafío que enfrentó al Partido Comunista con sus convicciones esenciales. A lo cual se sumaba la variante socialista de la izquierda chilena que comenzaba un proceso de renovación¹² cuyos resultados iban a quedar reflejados de un debate que el PC miró con atención.

Sobre esta condición es posible observar que la certeza sobre un conjunto de preceptos ideológicos fundamentales del PC fueron puestos en revisión y que desde ese proceso analítico teórico se ajustaron las premisas políticas desde las cuales se orientaba la conducta del Partido. Todo esto, en íntima vinculación con las particularidades del fluctuante contexto político – social de la dictadura.

Así estableció un doble proceso respecto de las ideas políticas que formaban su sustrato ideológico y que reflejan las intenciones subyacentes al nuevo modo de relacionarse con este conjunto de ideas fundamentales. Por un lado el PC se abrió a un proceso de reafirmación de convicciones en torno a las ideas asociadas al marxismo – leninismo. En tal condición, el PC buscó reafirmar una identidad política puesta en tensión como resultado de los acontecimientos y las experiencias iniciadas desde el 11 de septiembre de 1973. En definitiva, fue una reacción a un

⁹ “Orden de Lenin a Luis Corvalán”. Boletín Rojo Nº 22, marzo – abril, 1977, p. 1.

¹⁰ *Ibid.* p. 4.

¹¹ Informe al Pleno del Comité Central, 197, p. 22.

¹² Moyano, C., *Op. Cit.*

proceso de dispersión ideológica que afectaba al centro articulador del comunismo: las ideas políticas que dotaban de coherencia y consistencia tanto al discurso, como a la acción política.

En segundo lugar, observamos que la adecuación de las ideas políticas del comunismo respondió a la fluctuante evolución que observó el escenario político durante los años 80. Fue así como los planteamientos marxistas – leninistas fueron enfrentados y articulados de tal manera para así evitar cualquier tipo de colisión o vicio de contradicción tanto con el proceso transicional, como con la propia apreciación y representación que se elaboró sobre la democracia.

La revisión ideológica, a la luz de los acontecimientos vinculados al Golpe y a la instalación de la dictadura de Pinochet, implicó poner en tensión los principios fundantes desde el primer momento. A esto se sumó una serie de otras tensiones históricas que se estaban comenzando a desarrollar a nivel internacional. La emergencia de Eurocomunismo, junto con la consolidación de una serie de propuestas críticas a la nomenclatura soviética que luego iban a derivar en la llegada de Gorvachov al poder y la implementación de sus políticas de Glasnot y Perestroika¹³. Este escenario diverso y complejo implicó que el conjunto de “ideas marxistas” pasaran por el tamiz analítico cuando la pregunta que urgía responder aludía a los errores cometidos que precipitaron la intervención militar y la finalización violenta del tránsito al socialismo.

La lectura que se elaboró sobre los planteamientos fue: el leninismo asumía que la conquista del objetivo final no quedaba subordinado a ninguna estrategia específica. Esto abría la posibilidad de implementar una diversidad de mecanismos ante la conquista de un objetivo único. Más aun cuando, las propias vías podían ser flexibles en función de las singularidades contextuales predominantes.

En función de tal principio se entendió en su momento que el camino electoral en sí mismo no resultaba contradictorio con la propuesta teórica leninista. Sin embargo, el proceso eleccionario que desembocó en la victoria de Allende, no se entendió como una etapa más dentro de un proceso revolucionario mayor. Desde una mirada posterior, el logro electoral solo alcanzaba para ejercer solo una parte del poder, constituía un punto de inflexión entre etapas necesarias de cumplir para el logro del objetivo final. De ahí que la conclusión final fuera que el proceso eleccionarios fue leído como un fin en sí mismo, abdicando de la plataforma que llevó a la izquierda chilena a ganar la elecciones presidenciales de 1970, y no concebir desde ahí la necesaria acción continua para la construcción del socialismo, tarea dentro de la cual el Partido tenía un rol central que jugar, en cuanto vanguardia de una “mayoría política” que no se disolvía una vez alcanzado el objetivo presidencial.

En 1977 se reflexionaba sobre el proceso en los siguientes términos:

“...El concepto de mayoría política es algo más sólido, más integral que una mayoría de votos, relativa o absoluta. Más que una idea aritmética o una noción mecánica, debe responder a un

¹³ Sobre la materia prestar atención a las propuestas de Hobsbawm, E. 2003. Historia del siglo XX. Barcelona, ed. Crítica; Judt, T. 2011. Postguerra. Una historia de Europa desde 1946. Madrid, ed. Taurus; Poch de Feliu, R. 2003. La gran transición. Rusia 1985 – 2002. Ed. Crítica; desde una perspectiva testimonial Aleksíevich, S. 2015. El fin del “homo sovieticus”. Barcelona, ed. Acantilado.

bloque social representativo de la mayor parte de la población. Sin embargo, debe tener otras características: la de ser una mayoría activa, vinculada no solo con la acción continua propia de un movimiento en desarrollo permanente, sino también animada por el concepto de la necesidad de defender dicho proceso por todos los medios...”¹⁴

Sobre tal propuesta el PC asumía la postura revisionista desde la perspectiva de un error de lectura sobre los preceptos teóricos fundamentales y no necesariamente de un error respecto de la proyección etapista que debió haber tomado la experiencia del tránsito hacia el socialismo en Chile, a la luz de la propuesta ideológica. La coyuntura electoral había significado solo un momento y no la finalización del proceso.

Esta particular lectura de la experiencia señalada significó la singular característica que adoptó el proceso revolucionario chileno. Se entendía que: “nuestro propósito fue modificar las antiguas instituciones tratando de vaciarlas de su contenido reaccionario para llenarlas con un sentido renovado, con una orientación revolucionaria, pasando a un estado diferente, a una sociedad distinta”¹⁵

Se comprende así que la conclusión final fuera que el proceso revolucionario chileno estuvo marcado por una absolutización de las vías, limitando el espacio de acción del Partido, la izquierda chilena y el pueblo frente al cambio de las circunstancias políticas, como respuesta ante la arremetida de “fuerzas reaccionarias” que lograron establecer las condiciones necesarias para hacer caer al Gobierno de la Unidad Popular, a lo cual se sumó una división dentro de la misma izquierda frente a las características de las vías a seguir para la construcción del socialismo. Esta lectura suponía que en su momento hubo una subvaloración de la posibilidad de acción de aquellos que eran mirados como enemigos y por otro lado, que en su momento se había separado la acción política del precepto teórico alusivo a la flexibilidad de la acción política a partir de los rasgos contextuales.

Visto de esta manera, el futuro del PC estaba siempre abierto al ajuste de la conducta a partir de las circunstancias concretas que el escenario político les presentaba. Esto guarda directa relación con la urgencia que se le instalaba al PC bajo las particulares circunstancias dictatoriales que debía enfrentar.

El cruce de la relectura de los planteamientos marxistas – leninistas y las circunstancias particulares que vivía el partido, lograron dejar en claro los sentidos e intenciones desde los cuales se revisitó a los clásicos.

Para ello, se debía volver a considerar a Lenin como una legítima guía para la acción política.

No resulta necesario avanzar demasiado para comenzar a descubrir un conjunto de intencionalidades que emergen desde el propio texto de los intelectuales comunista. En virtud de aquello es que no resultara extraño, en un periodo como finales de los años 70, y frente a las urgencias políticas del Partido, que el PC reflexionara sobre las vías y sobre el rol del Partido en un doble registro. Por un lado, una revisión del sentido y significado del camino revolucionario

¹⁴ Volodia Teitelboim, “Más Sobre el Caso Chileno”. Boletín Rojo N° 21, Enero – Febrero, 1977, p. 12

¹⁵ Ídem.

recorrido durante el Gobierno de Salvador Allende y por otro, las nuevas estrategias políticas que desde 1977 se proyectaban hacia el futuro por parte del Partido. Más aun cuando estaba en juego una definición respecto de las acciones políticas para enfrentar la dictadura de Pinochet.

En consistencia con el ánimo interpretativo de la época, la ideología fue sometida y ajustada a las condiciones fácticas que caracterizaban al Chile dictatorial. La posibilidad de precipitar los cambios y agudizar las contradicciones, como esencia de la vanguardia comunista, también se aplicaba para la circunstancia del Chile dictatorial. La representación singular que se hizo de la Dictadura y la vinculación que unió a determinados grupos sociales como beneficiarios de las políticas militares, logró calzar con una discursividad comunista que reivindicaba su rol vanguardista a partir de la vigencia de la propuesta marxista leninista. De ahí que:

“Es vital, por lo tanto, devolver a este proyecto de desarrollar la revolución su condición eminentemente dialéctica, concibiéndolo siempre como un proceso sujeto a cambios, dependiente del antagonismo de los contrarios, que pueden evolucionar, a veces con celeridad vertiginosa (...) a la necesidad de pasar a otra forma de lucha. O sea, la perspectiva de tal o cual vía no puede ser vista como generalidad ni como principio inamovible, de aplicación definitiva e inmutable durante un largo período histórico.”¹⁶

Se fraguaba así una de las dimensiones que adquiriría el concepto de transición:

“...es posible que en otros países la transición de las formas no se produzca con el ritmo veloz que sucedió en Rusia durante los meses que precedieron a Octubre; pero no es acertado, según nuestra experiencia negativa, atribuir a las formas de lucha el carácter de invariante, de una constante que pueda desentenderse de los zigzags y virajes a menudo acelerados de la situación, sobre todo en época de crisis políticas y de ásperas contradicciones...”¹⁷

Las ideas y las percepciones sobre las mismas, por ende, debían estar abiertas a los nuevos contextos y a los nuevos escenarios, no solo por la coyuntura particular que singularizaba a Chile al finalizar la década de 1970, sino que también como resultado de un aprendizaje acumulado, una especie de lección aprendida, frente aquella experiencia transicional interrumpida por el Golpe Militar.

El Sentido Leninista del Partido.

En palabras de Sergio Vuskovic Rojo, el Partido se constituía a partir de una doble condición: ser un colectivo de identidad obrera e intelectual. De ahí la condición de síntesis, en cuanto unidad indivisible, entre teoría y práctica¹⁸. A partir de esta concepción es que el acento progresista de la propuesta política del PC quedaba reafirmada. El principio ideológico en la coyuntura dictatorial debía quedar fijada a partir de de las urgencias políticas del momento.

¹⁶ *Ibíd.*, p.22.

¹⁷ *Ídem.*

¹⁸ Sergio Vuskovic. “La Teoría Leninista del Partido”. Boletín Rojo N°23, Mayo – Junio, 1977, p. 11.

“...La concepción leninista del Partido – declara el intelectual comunista – es la ruptura más enérgica con la vulgarización mecanicista y fatalista del marxismo, propia de la segunda internacional: es la auténtica unidad de objetividad y subjetividad orientada a un fin consciente y planificado: subvertir el orden burgués y cosntruir un nuevo régimen, el socialismo. En este sentido es también la ruptura más radical con los restos de utopismo que permanecían en el marxismo hasta el momento de su creación como partido de nuevo tipo en base a militancia efectiva, al principio de centralismo democrático y a la estrecha ligazón con las masas...”¹⁹.

Sobre tal precepto, es que el Partido se adjudicó la propiedad más pura de la concepción leninista, más aun cuando, de tales premisas se seguía la acción política que había distinguido al Partido.

Por lo mismo, es que el Partido tenía como objetivo manifiesto la función de ser un catalizador y una guía de la transformación social. Asegurando, de esta manera, que la aplicación de la ciencia política se tradujera en un cambio social consciente y planificado a la luz de las tareas preestablecidas por el comunismo. La organización revolucionaria no perdía vigencia, ni legitimidad en la acción presente y futura y por lo tanto la construcción del socialismo seguía siendo la meta final a ser alcanzada gracias a la aplicación de los preceptos marxistas leninistas. La convicción durante el año 1980 así lo demostraba:

“... El marxismo – leninismo es humanismo. Esta verdad forjada en el lucha constante por la libertad, por la paz y la democracia, ha hecho de la Unión Soviética un baluarte de esperanza para la sobrevivencia de la humanidad y un dique implacable para detener los afanes destructivo de los propagandistas de la guerra: los imperialistas y los fascistas (...) el socialismo no es una invención, sino el resultado inevitable del desarrollo de las fuerzas productivas de actual sociedad capitalista...”²⁰

Siguiendo con este modo de reflexividad, el PC fortaleció la vigencia de Lenin asumiendo y declarando la validez de sus propuestas respecto del camino que debía tomar el Partido frente a un nuevo escenario político. Las categorías de Lenin fueron leídas por el PC como valores permanentes que lograban sintetizar la totalidad de los problemas políticos de la actualidad a la que se enfrentaba el Partido y que toda desviación o alusión a una supuesta pérdida de vigencia no eran más que percepciones burguesas elaboradas desde una lectura superficial de los teóricos fundamentales del socialismo²¹. De ahí que el comunismo chileno debía desarrollarse como la encarnación del “genio” de Lenin al menos por dos elementos: su previsibilidad científica y su superioridad teórica.

La suma de ambos aspectos posibilitaba, desde la perspectiva del PC, la estrecha y casi causal vinculación entre teoría y práctica. La capacidad de la teoría leninista de corregirse a partir de una determinada situación política concreta, fue leída en términos tales que permitiera ser sustentada

¹⁹ *Ibíd.*, p. 12.

²⁰ Boletín de Prensa “El Siglo. (EXTRA)”. S/N. 1980.

²¹ José Cademartori. “Enseñanzas del Socialismo Real”. Boletín Rojo N°57, Enero – Febrero, 1983, p. 33.

con relativa coherencia a partir de las singularidades contextuales del momento. De ahí que la valoración hacia Lenin se encuentre en la recepción de sus preceptos, sustentados en su capacidad de establecer una vinculación estrecha entre “filosofía” (idea) y “política” (práctica).

“...Se nos impone no ver el problema solo a través de dos tipos de relaciones dobles: filosofía y práctica política. Postulamos la necesidad de aprehender su nexos en base a una triada integradora: filosofía – política – ciencia porque el primer modo de acercarse al problema, solo la relación de filosofía y política, siempre llevará a plantearse su engarce a nivel de concepciones del mundo y privilegiar la relación filosofía – ciencia como una relación a nivel de racionalidad científica...”²²

Según la lectura que desde el Partido se formuló, la relación entre ideas y acción quedaba resuelta en virtud de una síntesis que hace de la creación intelectual una acción política. En resumen es una “filosofía en acto”²³.

El filósofo pasa a ser el político, en la medida que modifica el ambiente que a su vez impacta en la acción de cada uno de los sujetos que integran el colectivo. Por lo tanto, las ideas, para el comunismo, son actos políticos que debían ser predisuestos para la conducción del proceso de cambios o, en el caso particular del Chile dictatorial, un decálogo teórico que fundamentaba la estrategia de resistencia a la represión dictatorial.

En la medida que Lenin siguió siendo concebido como un político - filósofo, generador de las ideas centrales sobre las cuales el Partido fundamentaba su línea de acción, la vigencia de sus postulados no se suprimía. Más bien, se estimulaba a la luz del contexto vigente y de las tareas que el PC tenía por delante.

De ahí que la confirmación respecto de los postulados tuviera la condición de ser absoluta. Al menos así quedaba planteado:

“Concebimos el materialismo histórico o concepción marxista de la historia como parte integrante del materialismo dialéctico o dialéctica materialista formando en su conjunto la filosofía marxista – leninista. Concebimos el marxismo leninismo como una doctrina integral formada por tres elementos inseparables: filosofía, economía política y comunismo científico. Concepción del mundo y método de acción para transformarlo, el marxismo leninismo es la concepción general del partido y de la clase obrera que demuestra científicamente la necesidad del cambio del capitalismo por el socialismo, pero no fatalmente, y de ahí surge la concepción de una clase y del instrumento que ella crea para el cambio, la teoría leninista del partido fundada en una concepción científica de la política”²⁴.

En definitiva, la relación entre el PC y la teoría marxista leninista estuvo puesta a disposición y toleró una relectura que implicó una reafirmación respecto de los principios teórico- ideológicos y políticos, desde los cuales se formuló la acción política. Esto, a su vez, estuvo singularizado por la

²² *Ibíd.*, p. 34.

²³ *Ibíd.*, p. 41.

²⁴ *Ibíd.*, p. 16.

propia capacidad del PC de establecer dinámica de coherencia y correspondencia entre la realidad dictatorial, materializada en las duras condiciones que conformaban la experiencia del régimen pinochetista y los presupuestos que legitimaban la acción desde una dimensión política.

Por lo tanto, el rescate de la teoría marxista – leninista no respondió a la necesidad de proteger las propuestas teóricas de un ataque ideológico como primer resguardo, que fundaba sus argumentos en la construcción de un estereotipo o que señalaba la condición antidemocrática de la teoría leninista²⁵, sino que en definitiva, en la necesidad de reorganizar la matrices de orientación ideológica que permitieran contener la dispersión nacida por efecto del golpe, y además, refundar una subjetividad política²⁶ que posibilitara al militante lidiar la dura experiencia dictatorial.

Por este motivo, la identidad política desde la cual el PC leyó su propia acción no podía quedar desligada de los aspectos leninista que habían marcado la historia del Partido. En virtud de aquello es que Gustavo Ojeda²⁷ reafirmaba una identidad comunista que se sustentaba en una serie de principios que ponían el peso de la prueba sobre la necesidad de seguir comprendiendo al Partido como una organización cuya esencia era ser la vanguardia consciente de la clase obrera. Además, que su acción solo se comprende, se explica y logra desarrollarse gracias al vínculo estrecho con las masas, con la única finalidad de servirles a ellas. De ahí que el Partido no pudiera pensarse sino como una vanguardia coherentemente organizada a partir del principio de “centralismo democrático”, en cuanto evidencia concreta de una disciplina y una conciencia única para todos. Por lo mismo, no podía quedar fuera de esta reconstitución identitaria la condición de ser un Partido internacionalista de carácter proletario como una contrafuerza dirigida a contener la expansión de las fuerzas imperialistas de naturaleza “fascista”.

Por lo tanto, parece coherente la propia vigencia histórica que buscó ser adjudicada a los principios articuladores del Partido. Se vivía una tensión singular, entre una realidad que se transformaba precipitadamente, desde la propia disolución del proyecto socialista pre Golpe y una esfuerzo por dotar de historicidad a un conjunto de principios que estaban por sobre dicha dinámica de cambio social, político y económico que vivía el país a partir de los cambios revolucionarios que se experimentaban por esos días.

Al menos así quedó expresado desde los planteamientos de Orlando Millas:

“... La Gran Revolución Socialista de Octubre demostró que el leninismo es la teoría de la creación revolucionaria y que su instrumento es un partido de nuevo tipo. Sobre la base del

²⁵ Sergio Vuskovic. “La Vigencia del Leninismo en América Latina”. Boletín Rojo N° 55, Septiembre – Octubre 1982, p. 73.

²⁶ Se refuerza de esta manera lo señalado por Cristina Moyano, al sostener que: “... los universos discursivos que los sujetos construyen acerca de su mundo ayudan a la comprensión de los períodos históricos, ya que dan cuenta no solo de una “realidad aparentemente objetiva”, sino que, con la utilización de tal o cual lenguaje, determinan la manera como dicho sujeto o grupo comprende la realidad...” Moyano, C. Mapu o la seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del partido mito de nuestra transición Op. Cit., p. 37

²⁷ Gustavo Ojeda. “Fortalecer el Partido, Desarrollar el Combate Antifascista”. Boletín Rojo N° 41, Mayo – Junio, 1980, p. 61.

desarrollo objetivo de la regularidades de las relaciones sociales, el leninismo promueve la acción de las masas, conducidas por su vanguardia...”²⁸

Sin embargo, frente a esta aparente ortodoxia ideológica, el Partido de todas formas abrió espacios a nuevas propuestas teóricas que redundaran en definición de nuevas estrategias políticas dispuestas para el enfrentamiento de la Dictadura. En este sentido, la lectura gramsciana se integró al decálogo de ideas comunistas a partir de un reconocimiento parcial y singular de sus ideas.

La finalidad de esta condición estaba en la necesidad política del PC en poner nuevos acentos marxistas que facilitarían la cimentación de un proceso de renovación y subjetividad política que no se presentara en contradicción con aquellos principios leninistas que habían probado su vigencia histórica. Así fue como las ideas de Gramsci se presentaron en el Partido bajo una dinámica que encastró y complementó a la propuesta marxista - leninista vigente en el PC. Fue así como, la propuesta en torno a la toma de conciencia de clase, de los oprimidos, y la urgencia de la instalación de una nueva cultura política que catalizara y dotara de coherencia a la propuesta social estuvo de la mano con la vigencia del principio vanguardista a partir del cual se seguía concibiendo el rol que le cabía al PC más allá de la coyuntura política y del contexto histórico²⁹.

La Lucha Ideológica: La Problemática de las Incertezas.

En su edición de marzo – abril – mayo, de 1980, la revista Chile – América publicó la carta de renuncia presentada por Luis Razeto al PC un año antes³⁰. En esta misiva no solo se exponían las problemáticas propias a la militancia comunista, en un contexto de exilio. Sino que además abría la puerta a un desafío problemático que el Partido Comunista tuvo que asumir en el marco de una reformulación ideológica. En este contexto, el documento sostenía:

“... a quienes no estén habituados a la reflexión teórica todo esto puede hacerse abstracto y especialista, sin importancia concreta. No es así, porque del error teórico, deriva el error práctico, la derrota política. Hemos hecho una autocrítica respecto a deficiencias que se tuvo en el pasado en la comprensión del problema del Estado, la vía democrática de transformación de la sociedad, del comportamiento de las capas medias, de la estructura e ideología de las fuerzas armadas, etc. Pero no basta reconocer el error para superarlo: es necesario alcanzar el conocimiento concreto que hace falta. Ahora, cuando toda una realidad nacional ha cambiado, cuando están cambiando también las relaciones internacionales, hay que reflexionar y repensar de nuevo muchos problemas, hay que re – conocer la realidad, y ello solo se puede lograr con la investigación que parte de la experiencia...”³¹

Se acusaba al PC de una postura ortodoxa que reducía la posibilidad de ponderar de manera acertada los cambios que las propias matrices ideológicas estaban experimentando, lo que redundó

²⁸ Orlando Millas. “La Vigencia del Gran Octubre y del Leninismo”. Boletín Rojo N°28, Marzo – Abril, 1978, pp. 53.

²⁹ Antonio Leal. “Elementos de Cultura y Política en Gramsci”. Boletín Rojo N°46, Marzo – Abril, 198, pp. 19 – 39.

³⁰ La carta de renuncia se encuentra fechada en Roma, 09 de junio de 1979.

³¹ Luis Razeto. “Militancia de Partido e Investigación Teórica”. En CHILE – AMÉRICA, 1980, p. 110.

en la institucionalización de un sesgo ideológico que indujo al Partido a establecer un criterio de discriminación y silenciamiento respecto ideas que exponían propuestas críticas al modo de producción teórica – orgánica del comunismo.

Tal imputación no pasó desapercibida, transformándose en una oportunidad más para que el Partido refrendara su vínculo ideológico marxista – leninista:

“... actuamos en el plano teórico dentro del vasto campo de investigación, de creación y de acción que representa nuestra teoría marxista – leninista, la cual es garantía de la búsqueda, sin prejuicios ni preceptos, de lo nuevo, donde la búsqueda de la verdad no es sinónimo de soledad; sino al contrario, acicate para una mayor solidaridad humana que se pone como objetivo terminar con la explotación del hombre por el hombre”.³²

Sin embargo, la crítica no dejaba de ser problemática, ya que al comunismo chileno se enfrentó a la necesidad de leer su propia propuesta ideológica en el contexto impuesto por el proceso de renovación que experimentaba la izquierda en su conjunto. Fue así como, la postura del Partido tuvo que determinarse al calor del debate y de los juicios de valoración que se formularon desde el comunismo respecto de las propuestas alternativas desarrolladas por la izquierda no comunista.

Se delineaba para el desarrollo de otra dimensión de la lucha:

“... tres son las formas principales en que se desarrolla la lucha entre clases en la sociedad basada en la explotación del hombre por el hombre: económica, política e ideológica. Esto significa que en estos tres dominios las clases definen o ponen en juego sus respectivos intereses...”³³

En virtud de tal situación, es que al Partido no le quedaba más que extender la lucha de lo estrictamente político a partir de la formalización de un enfrentamiento ideológico que permitiera darle densidad al conjunto de acciones políticas concretas en contra de la Dictadura Militar. En definitiva se perfilaba una lucha que debía desarrollarse en una diversidad de niveles:

“... la lucha ideológica debe librarse a todos los niveles, incluso en el seno de las fuerzas revolucionarias. Cuando se presentan situaciones nuevas hay personas o sectores que vacilan, que – aunque abrazan plenamente la causa de la revolución – tienen un menor desarrollo ideológico y, por lo tanto, no están en condiciones de seguir paso a paso, a plena cabalidad, todos los razonamientos de la vanguardia revolucionaria...”³⁴

Frente a tal escenario el Partido Comunista entendió que enfrentaba un problema de naturaleza orgánica, fundado en las formas como se desarrollaba la militancia con posterioridad al Golpe de Estado. La dispersión geográfica de la militancia, como resultado del exilio; las complejas comunicaciones y vinculaciones con el aparato interno; los riesgos asociados a la persecución y la

³² Boletín Rojo N°31, 1978, p. 22.

³³ Alejandro Yáñez. “El Origen y el Carácter de la llamada Ultra Izquierda” Boletín Rojo N° 21, Enero – Febrero, 1977, p. 40.

³⁴ Raúl Tapia. “La Elevación del Nivel Ideológico de Cada Comunista”. Boletín Rojo N°41, Enero – Febrero, 1981, p.93.

represión ejercida desde los órganos de inteligencia del Gobierno Militar; además de la memoria de los militantes desaparecidos como resultado de la coerción dictatorial, se transformaron en sedimento para la instalación de una percepción militante que comenzó a representar a la institucionalidad comunista desde parámetros que aludían a la provisoriedad y la inestabilidad. Por tal motivo, la posibilidad del cuestionamiento y de la crítica se estructuró como una realidad posible.

El problema estaba, de manera precisa, en la existencia de una:

“... tentativa a cuestionar la tradición y la historia del Partido, el deslizamiento a poner en duda todo lo obrado por el Partido anteriormente; cierta inclinación a transformarse en jueces y proyectar la experiencia personal mecánicamente a una realidad diferente, cual es hoy la que vive Chile. Es decir, analizar los sucesos de 1981 con la experiencia y la vivencia de hasta 1973...”³⁵

En virtud de tal diagnóstico, la lectura que elaboró el PC, apuntaba a la construcción de una estrategia de enfrentamiento que asumiera como primer medida el estudio constante de las condiciones de lucha en Chile con la intención de elaborar una nueva mística comunista, a partir de la forma cómo el militante de base organizaba su propia cotidianeidad para contrarrestar la tiranía ejercida desde el poder militar.

En tal escenario, la lucha no fue estrictamente material, sino que también ideológica³⁶. Para ello, se había contado la necesidad de buscar las causas de los éxitos logrados y denunciar las razones de los fracasos, de los problemas, sobre la base de la crítica y la autocrítica, con vista a romper con la rutina, el conformismo, con las tendencias autoritarias y burocráticas y lograr un espíritu más revolucionario en los organismos del Partido, que permitieran avanzar mejor teniendo siempre en cuenta que la necesidad objetiva de desarrollar la lucha ideológica.

La preocupación del Partido estaba en la necesidad de un aprovisionamiento ideológico que permitiera hacer frente al asedio político de una voluntad predominantemente anticomunista, que desde la lectura elaborada por el comunismo, terminó materializándose en un ataque dirigido a los fundamentos ideológicos del PC. Era la consolidación de una amenaza nacida del proceso de dispersión ideológica, cuyo principal peligro residía en la subestimación de los eventuales efectos que tal enfrentamiento podría generar. Por lo tanto, el principal riesgo desde esta perspectiva, estaba en la capacidad de erosionar y debilitar la convicción en torno a la necesidad de llevar adelante la lucha antifascista. Frente a tal situación, la opinión era clara:

“...Se refleja entre el exilio chileno la confrontación ideológica que a escala mundial se agudiza en estos últimos tiempos. Tienen influencia notable la desesperanza y la pérdida de perspectivas que invade a algunos, y de otra parte, la manera mecánica que se adopta para

³⁵ Gustavo Ojeda. “El Partido en el Exilio y Ciertos Problemas Orgánicos e Ideológicos”. Boletín Rojo, N°49. 1981, p. 87.

³⁶ *Ibíd.*, p. 89.

aprender de la política y la experiencia revolucionaria de otros destacamentos revolucionarios, particularmente en los países capitalistas desarrollados...”³⁷

Por lo tanto el cuestionamiento era predecible, frente a lo cual el fortalecimiento ideológico era el mecanismo para la contención de este proceso de tensión e interpelación teórica. Los esfuerzos debían estar en que el partido hiciera llegar a las masas sus verdaderas posiciones respecto de la lucha, la revolución y los medios para el enfrentamiento al régimen de Pinochet³⁸.

Uno de esos debilitamientos ideológicos que se percibían desde el partido, era la consolidación de una crítica que apuntaba a tensionar las matrices epistemológicas desde las cuales se construía la comprensión de la realidad. Por lo tanto, la defensa de la matriz de análisis clasista debía ser resguardada, si lo que pretendía el PC era mantener una cohesión teórica interna que fuera coherente con la revalidación de los principios marxistas – leninistas. En las palabras de Gustavo Ojeda se sostenía que:

“... cuando se niega o se pretende negar el enfoque clasista de los fenómenos sociales, se pretende que renunciemos a la aspiración del Partido a ser la fuerza revolucionaria rectora, la vanguardia del proletariado y que la propia clase obrera renuncie a su misión histórica...”³⁹

Se observaba así que la relación entre producción intelectual – ideológica, estaba en estrecha vinculación con la acción política. La propuesta leninista quedaba refrendada mediante el cruce generado entre la producción de una “ciencia” dispuesta para la articulación de las pautas y repertorios desde los cuales la vanguardia comunista dirigiría la “lucha de masas” en contra de la Dictadura.

El desafío que nacía para el PC era volver a los principios elementales que sostenían al Partido desde una dimensión ideológica. No existía otra posibilidad de análisis para el Partido: el capitalismo se basaba, por su propia naturaleza, en la lucha de clases antagónicas. Todo esfuerzo de relativizar este principio teórico respondía a voluntades contrarrevolucionarias.

Sin embargo, el Partido era consciente que este debilitamiento de las matrices teóricas esenciales respondía también al modo como la experiencia de la dictadura impactó en la redefinición militante al interior del comunismo. Esta claridad quedaba expresada en los siguientes términos, a pesar del esfuerzo por expresar lo limitado de su impacto:

“... en algunos sectores de izquierda y puede ser que excepcionalmente también en uno u otro militante, estas concepciones críticas encuentran eco y resonancia, al tenor con el síntoma del desánimo, la desesperanza y la desesperación por las dificultades que se encuentran en la lucha contra el fascismo...”⁴⁰

³⁷ Ibid., p. 92.

³⁸ Op. Cit. Boletín Rojo N° 41, Raúl Tapia. “La Elevación del Nivel Ideológico de Cada Comunista”, p. 93.

³⁹ Ibid., p. 92.

⁴⁰ Ibid., p.93.

Con todo, esta coyuntura de refundación teórica – ideológica también abrió el espacio para el desarrollo de una interpretación al proceso de renovación socialista. La izquierda, en un proceso de tránsito hacia la consolidación de nuevas matrices reflexivas, se enfrentó a la validez de sus propios parámetros interpretativos y reorganizó el conjunto de ideas que decantaron en una percepción renovada de la identidad, la cultura y la acción política de izquierda.

Frente a tal proceso, el PC no dejó tener una opinión. En tal sentido, el posicionamiento del Partido fue la elaboración de una lectura crítica frente al nuevo escenario que se configuraba. Se sostenía así que se asistía a una “moda” que remecía al socialismo desde su manifestación utópica:

“El neo – socialismo utópico de nuestros días se traduce en el intento estéril de inventar nuevos socialismos, de nuevos proyectos, que no están salpicados con la lucha diaria de las clases explotadas (...) igual que entonces los nuevos modelos que se presentan al margen de la lucha de clases, y como obra de los filósofos y pensadores, nacen – como decía Engels – “condenados a moverse en el reino de la utopía””⁴¹

Esta lectura redundaba en una dinámica de derechización de las posiciones de izquierda, que revestían un riesgo para la lucha en contra de la dictadura, pero también para el establecimiento de una salida democrática sin conciliaciones con las fuerzas militares gobernantes.

Desde la perspectiva del Partido, este proceso de “renovación” tenía su origen en el exilio, pero sus efectos más riesgosos se materializaban en el interior del país. Además, tales posturas estaban catalizadas por una extensa difusión. En este sentido, instituciones como la Academia de Humanismo Cristiano y la revista Chile – América eran vistas como plataformas desde las cuales se articulaban estos planteamientos renovadores y el conjunto de críticas dirigidas hacia el PC. Para el Partido, estas propuestas:

“... en los hechos abandonan la lucha contra el fascismo en el campo de las ideas, concentrando lo fundamental de su producción ideológica contra el marxismo – leninismo, contra la URSS y otros países socialistas y contra nuestro Partido y su política...”⁴²

Para poder cumplir con dicha finalidad crítica, el Partido Comunista señalaba que estas propuestas renovadas sustentaban su argumentación en la crisis del marxismo – leninismo, en cuanto matriz teórica para la lectura de la realidad y la definición de la acción política. La propuesta que desde el comunismo se creía que promovían los sectores en proceso de renovación era que fundaban su argumentación en la invalidez universal de las propuestas clásicas de la construcción del socialismo. Ante tal lectura, el Partido observaba dos consecuencias de central relevancia a la luz del contexto que se vivía en la década de los ‘80. La primera, alusiva a la posibilidad concreta de construcción del socialismo, y la segunda, relativa a la formalización y consolidación de una estrategia de construcción de consensos con la dictadura cuya naturaleza profunda residía en la conciliación. Por lo tanto, era el reflejo de una confusión histórica respecto del rol que le corresponde a la

⁴¹ Op.cit. Boletín Rojo N°57, octubre de 1981. José Cademártori. “Enseñanzas del Socialismo Real”, p. 34.

⁴² Ídem.

izquierda, como fuerza política que por su propia naturaleza tiene el imperativo de construir el socialismo:

“... esta corriente del pensamiento configura en el campo de las ideas la fundamentación teórica del espíritu de conciliación en el terreno político. La experiencia del movimiento revolucionario mundial ha demostrado reiteradamente que el que cede un milímetro en lo ideológico, retrocede un kilómetro en lo político y termina derrumbándose en lo moral. Esta es la dinámica inexorable del oportunismo...”⁴³

En definitiva, el revisionismo al cual se encontraron sometidos los preceptos clásicos para la construcción de socialismo fueron comprendidos desde el Partido como estrategias de acción oportunista⁴⁴, más aun cuando se comprendía por parte del Comunismo chileno que la posibilidad de socialismo solo se entendía a partir de su vinculación con Marx. Tal situación era la configuración de un escenario político previsto en la lectura marxista de la realidad capitalista, en cuanto tal modo de producción propiciaba la consolidación de una clase burguesa que ajustaba su propia percepción respecto del socialismo y del proceso de construcción del mismo en coherencia con los singulares intereses de clase de una pequeña burguesía.

Sin embargo lo expuesto, la disputa ideológica entrañaba aspectos más de fondo que meras alusiones a lecturas superficiales de los clásicos. Obligó a que el Partido asumiera una posición oficial respecto de la reorganización de los fundamentos sobre los cuales descansaba la percepción clásica del socialismo.

El Frente Chantilly: Argumentos para la Lucha Contra la Renovación Socialista y la Consagración del Horizonte Democrático

Durante los días 3, 4 y 5 de septiembre de 1982, se realizó en la localidad de Chantilly⁴⁵, Francia, un encuentro político cuya misión era desarrollar un debate que decantara en la formulación de una serie de planteamientos que permitieran la formalización de un conjunto de propuestas políticas de cara a los años 80 que recién comenzaban.

En las actas del encuentro se declaraba que los objetivos de la misma descansaban en:

“1.- Por una parte, la necesidad de definir una nueva forma de vinculación con la realidad de Chile. Se buscaba dar cuenta de las mutaciones que ha sufrido el país y de aquellas que se han vivido en el exilio.

2.- Por otra parte, el deseo de reunir a los grupos de trabajo, reflexión y de estudio que existen en Chile y diversos países”⁴⁶.

⁴³ *Ibíd.*, p., 90.

⁴⁴ Orlando Millas. “A Cien Años de Carlos Marx”. Boletín Rojo, N°58, Marzo – Abril, 1983, p. 55.

⁴⁵ El encuentro fue organizado por el grupo Asociación Para el Estudio de la Realidad de Chile, ASER - Chile, con residencia en París y por el Instituto Para el Nuevo Chile, con asiento en Rotterdam.

⁴⁶ Chile – 80. Movimientos, Escenarios y Proyectos. Actas del encuentro de Chantilly. Septiembre, 1982, p. 2.

El eje del ejercicio reflexivo que se planteaba en Francia, apuntaba a la necesidad de “renovar el pensamiento y la acción de la izquierda”⁴⁷, configurando de esta manera los consensos y resolviendo las incertezas ideológicas provocadas tras el Golpe Militar y los 9 años de Dictadura que al momento del encuentro estaban por cumplirse. Fue así como las problemáticas que se intentaban resolver giraron, en una primera dimensión del debate, sobre los siguientes temas: “la búsqueda de un perfil propio a la renovación teórica de la izquierda; la articulación de los conceptos de democracia y socialismo; el papel que juega el marxismo en el proceso de renovación.”⁴⁸

La síntesis del encuentro no dejaría indiferente al Partido Comunista, sobre todo a partir de las conclusiones que el propio encuentro había procurado formalizar, y que fueron presentadas bajo la forma de consensos. Las mismas quedaron así sintetizadas en las actas del propio encuentro:

“I. Abandono y superación del esquema marxista – leninista, sea como lectura de la realidad, sea como práctica sobre la misma.

II. Valorización de la democracia en su doble sentido, como pluralismo y democracia política por una parte, como democratización de la sociedad en un sentido amplio, por otra; ambos exigen buscar formas institucionales nuevas de articulación entre la democracia representativa y la democracia directa.

III. Reconocimiento del carácter plural que inspira al socialismo en Chile en la medida en que a él confluyen las vertientes marxistas cristianas y racionalistas. Dentro de esta perspectiva se ve la necesidad de trabajar por una nueva hegemonía popular construida sobre un amplio consenso.

IV. Reconocimiento del carácter secular, y por tanto autónomo de la política en relación a las elaboraciones culturales, obligando así a redefinir su relación con las vertientes ideológicas del socialismo.

V. Las contradicciones de una sociedad no pasan solamente por el conflicto de clases estructuradas económicamente. La acción política debe recoger el aporte de los distintos grupos y movimientos sociales que se expresan en la sociedad chilena.

VI. Toda política de transformación de la sociedad debe tomar en consideración las condiciones internacionales orientándose hacia la superación de la lógica de bloques.

VII. Las experiencias socialistas llamado “socialismo real”, no han creado los mecanismos de gestión democrática del poder capaces de resolver los conflictos que surgen en una sociedad moderna. Por consiguiente ellas no constituyen un modelo inspirador para el socialismo chileno.”⁴⁹

El escenario político que se comenzaba a configurar como resultado de estas premisas obligó a una respuesta de parte del PC. Se inició así una ofensiva argumental que en un primer esfuerzo

⁴⁷ *Ibíd.*, p., 2

⁴⁸ *Ibíd.*, p., 3

⁴⁹ *Ibíd.*, p.,3

elaboró una primera lectura sobre los planteamientos expuestos en Chantilly, ajustándolos a una motivación anticomunista, hija de una campaña orquestada desde específicos sectores de la derecha que respondían a las necesidades de la reacción. Por lo tanto, las interrogantes parecían múltiples:

“... el desarrollo así operando es una exigencia de la vida misma de las organizaciones políticas. Quien no la atiende se condena a quedar desfasado de la vida. Pero no es menos cierto que esto se puede efectuar en muchas direcciones. Es por esto que, ante ciertos planteamientos de algunos sectores que propician la ‘renovación de la izquierda’, cabe preguntarse: ¿qué se entiende exactamente por renovación? ¿Renovación para qué?, ¿Para hacer la revolución o para renunciar a ella? ¿En la perspectiva de los intereses de clase? Estas son las preguntas de decisivas. Claro está que las respuestas a ellas hay que evaluarlas no solo en el aspecto formal y subjetivo, sino esencialmente en el contenido real de los planteamientos que se hacen y de las prácticas que a partir de ellos se fundan...”⁵⁰

En síntesis, se asumía que parte de la discusión tenía un origen endógeno. Por lo tanto, que en el seno de la izquierda habían convivido históricamente un conjunto de posiciones que sostenían diversas concepciones sobre los fines y los medios.

Conforme a lo expuesto es que una de las riquezas que el Partido Comunista reconocía en la izquierda nacional era la capacidad de generar propuestas de cambio al calor del debate y la contraposición de ideas. A pesar de ello, en esta oportunidad, el PC interpretaba que la posición expuesta desde Francia no correspondía a esta tradicional dinámica creativa, sino que esencialmente era hija de una voluntad destructiva, a la luz del contexto político e ideológico que se sucedía en Chile y el mundo. Para ello, la estrategia de malversar y tergiversar las ideas vinculantes de la izquierda se había legitimado gracias a la intencionalidad implícita de consolidar una posición de descrédito a las propuestas del Partido, en especial respecto de la vigencia de sus fundamentos teóricos y de la legitimidad de las estrategias políticas que ofrecía el comunismo para precipitar una salida del régimen militar⁵¹.

Uno de los puntos a los cuales respondía el PC, era aquel alusivo a la “crisis” del marxismo – leninismo, del socialismo y de los movimientos sociales que se habían articulado como vectores de los objetivos políticos del Partido. En este marco, se respondía señalando que tal postura, divulgada en los distintos encuentros en el extranjero, organizados por parte del exilio nacional, solo contribuían a la dispersión de fuerzas para la lucha en contra de la Dictadura, y en consecuencia impedían alcanzar un entendimiento en la oposición democrática, propiciando así el fortalecimiento de Pinochet y los sectores político – económicos asociados a su gobierno en el poder.

⁵⁰ Claudio Gutiérrez. “Chantilly: Los Argumentos de un Realineamiento Político y de Clase”. Boletín Rojo, N° 59 1983, p. 54.

⁵¹ Ídem, p.55

Lo que emergió desde Chantilly, para los comunistas, era un conjunto de premisas que por su propia naturaleza eran controvertibles. Desde su postura la carencia de matices se reflejaba en la propia forma en se habían arribado a tales propuestas:

“... autoinvestidos de las posturas de jueces inapelables, los autores de esas actas sentencian declarando ‘cuestiones que reunieron el mayor consenso’, en primer término, la siguiente: ‘abandono y superación del esquema marxista leninista, sea como lectura de la realidad, sea como práctica de la misma’. Ni más ni menos. Su lista de resoluciones inamovibles es muy larga...”⁵²

En definitiva se observó con profunda sospecha cualquier referencia a la posibilidad de declarar como superado el marxismo, más aun dada la percepción que desde el PC se construía frente a la forma de declarar su muerte de parte de los sectores renovados reunidos en Francia. Por lo tanto, la estrategia de combate pasaba por la elaboración de una respuesta a los planteamientos de la renovación y junto con ello, a la necesaria lectura que debía hacer el Partido sobre sus preceptos a la luz de las condiciones contextuales en las que esta lucha se desarrollaba.

De esta manera, los argumentos planteados por Tomás Moulian⁵³, Eugenio Tironi⁵⁴ y Alejandro Rojas⁵⁵, entre otros⁵⁶ fueron escrutados meticulosamente por el Partido para así construir un contra argumento que fuese coherente con la propia línea de acción política que el Partido había definido como estrategia de lucha en contra de la Dictadura.

Las razones para el Partido parecían claras, estos planteamientos eran frutos de un encastre entre el abatimiento, como efecto del desgaste causado por la acción destructiva de la Dictadura, pero además, tales propuestas respondían a dinámicas propias al actuar y avance de la propuesta ideológica que daba sustento al Gobierno de Pinochet. En los siguientes términos se presentaba la postura comunista:

“... en el mundo hay una profusión de autores reaccionarios que desarrollan tesis antidemocráticas. En las condiciones del capitalismo monopolista de Estado y de las transnacionales, cuando Milton Friedman proclama las bondades de un neoliberalismo que deje actuar a su arbitrio el mercado, con ello no favorece la aplicación de principios democráticos en economía, sino el dominio incontrapesado de los grupos más voraces de la oligarquía financiera y por tanto del imperialismo. Igualmente, cuando otros disertan sobre el reduccionismo de clase y postulan la eliminación formal de la lucha de clases, con ello no promueven una investigación

⁵² Juan González. “Anticomunismo de Pacotilla”. Boletín Rojo, N°58. 1983, p. 57.

⁵³ Tomás Moulian. “Sobre la Teoría de la Renovación: Nota Introductoria”. Actas Encuentro de Chantilly. Septiembre, 1982, pp. 14 – 18.

⁵⁴ Eugenio Tironi. “La Segunda Renovación”. Actas Encuentro de Chantilly. Septiembre, 1982. Págs. 19 – 23.

⁵⁵ Alejandro Rojas. “Contra el Reduccionismo Ideológico de Clase”. Actas Encuentro de Chantilly. Septiembre, 1982, pp. 33 – 46.

⁵⁶ Entre los nombres que se suman a los ya señalados encontramos a Erenesto Ottone, Jorge Arrate, Guillermo Campero, Cristian Hurtado, Josefina Lira, Javier Martínez, Cecilia Montero, Ricardo Solari, José Joaquín Brunner, Manuel Antonio Garretón, Sergio Spoerer, Beltrán Zenderos, Gonzalo Martner y Marcelo Schilling.

científica más rigurosa ni enfoques políticos clarividentes, sino a la inversa, porque lo que interesa es rebatir, aplastar y desacreditar el papel liberador de la clase obrera...”⁵⁷

En definitiva, la conclusión del PC apuntaba a considerar estas ideas como la materialización del poder de seducción que había ejercido los planteamientos teóricos neoliberales sobre algunas figuras de la intelectualidad de izquierda. La postura comunista sostenía que se había logrado consolidar un conjunto de argumentos que en la coyuntura de Chantilly fueron universalizados como premisas esenciales para la izquierda refundada. Frente a tal incidencia, parecía lógico que las propuestas de la izquierda renovada asumieran la negación de la lucha de clases, la obsolescencia de Marx y Lenin, y la incapacidad de los movimientos sociales, en especial del movimiento obrero, de liderar los procesos de cambio o de resistencia a la Dictadura, declarando a los mismos como meras expresiones de “espontaneismo”. El planteamiento del PC quedaba así resumido:

“... debemos reconocer que el imperialismo ha creado un estereotipo de nuestro partido, el cual, pese a no tener ningún asidero teórico ni práctico, en ciertas capas de la sociedad posee indudable eficacia política. En efecto, los prejuicios anticomunistas constituyen un fuerte enemigo contra el cual nuestro partido siempre ha debido luchar (...) planteadas así las cosas, en el terreno ideológico, entonces, debemos proponernos el objetivo de refutar, demostrando convincentemente lo erróneo de aquellas posiciones ideológicas anticomunistas, y, de esta manera, avanzar en el sentido de quitarles su eficacia política, derrotándolas. En este sentido, cabe reconocer la especificidad y eficacia de la lucha teórica e ideológica...”⁵⁸

Sumado a lo anterior, para el Partido estas posturas novedosas implicaban un riesgo: estar inspiradas en premisas consideradas como esencialmente antidemocráticas, ya que iban en contra no solo del comunismo, sino que también deslegitimaba la acción creativa del movimiento popular, principal actor en la lucha contra la fuerza militar gobernante.

Se fortalecía de esa forma la propia concepción que el PC había articulado sobre la democracia futura. La semantización de la misma quedaba planteada en términos de disputa. Se respondía a la acusación sobre una eventual relatividad doctrinaria y política frente a los valores esenciales del orden democrático señalando que cualquier planteamiento crítico que apuntara a establecer un monopolio sobre la democracia era, a su vez, por defecto una postura antidemocrática. En definitiva, adquirió mayor fuerza la visión que asumía que la democracia debía ser por esencia obra de los pueblos, que en la lucha por su construcción se debían integrar una multiplicidad de actores pertenecientes a diversas clases sociales, asumiendo a su vez que el orden democrático suponía la convivencia de posturas ideológicas distintas.

La mirada que desde el comunismo nacía se esforzaba por demostrar, ante en el embate de los argumentos renovados, que los sectores que constituían al movimiento popular y a la izquierda, conformaban el frente político que con mayor legitimidad podían elevar la voz para reivindicar la

⁵⁷ Op.Cit. Boletín Rojo, N°58. 1983. pp. 64 – 65.

⁵⁸ Principios, N°32. 2° semestre, 1984, p. 61 – 62.

restitución del orden democrático, ya que su propia concepción del orden futuro asumía la participación activa de los sectores populares en todas aquellas materias que eran de incumbencia nacional.

Toda otra postura, se sostenía, partía de un principio temeroso a la fuerza y a la convicción de los sectores populares. Frente a tal escenario, estos planteamientos consideraban como legítimo la exclusión, manteniendo al pueblo alejado de las grandes decisiones nacionales:

“... concibiéndolo más bien como una mera masa de apoyo electoral. Por lo tanto, esta posición, propia de los partidos burgueses, es, sin dudas, menos democrática. Sin embargo, lo paradójico reside en que, pese a ello, se autodefinen como la expresión más acabada de la democracia y, más aun, excluyen al movimiento popular de un acuerdo democrático antifascista (...) con esto queda de manifiesto, pues, que no solo se dan en la oposición distintos grados de democratismo. Sino también que en ella existen distintas concepciones de la democracia, unas más consecuentes que otras...”⁵⁹

Entonces, la lucha ideológica en la cual el Partido consideraba que debía concentrar sus esfuerzos era a la construcción de una denominada “democracia renovada” que fijara las condiciones necesarias para consagración de una “democracia auténtica”.

Esta “democracia renovada” suponía de manera explícita una cierta intencionalidad al momento de sostener que:

“... de allí resulta objetivamente el entrelazamiento orgánico entre las tareas democráticas y las antioligárquicas y anti imperialistas: ambas son aspectos inseparables de un solo proceso. Si, no obstante, se las separase, ello haría imposible la consumación de ambas. Por eso es que en Chile no podrá haber una democracia renovada, real y estable sin erradicar la oligarquía, del mismo modo como esta no podrá ser erradicada sino a través de la conquista de la democracia y su aplicación plena y consecuente...”⁶⁰

Por su parte, la condición auténtica de la democracia contribuía a la consolidación del horizonte de expectativa al dar cuenta de una intencionalidad coherente con la dimensión renovada del orden político sobreviniente a la dictadura. El PC en la clandestinidad así lo afirmó.

“... nosotros queremos que todos seamos dueños de los bancos y del poder económico y político que estos hoy detentan, que todos seamos dueños de las fábricas, las minas, el campo, los medios de producción y distribución. Y que los administremos no para lucro de especuladores financieros o para enriquecer la banca imperialista sino para satisfacer las necesidades de la población (...) este es un estado democrático auténtico, un estado popular, el

⁵⁹ Claudio Gutiérrez. “La Concepción Marxista del Estado. El Problema Metodológico”. Boletín Rojo, N°63. 1984, pp. 87 y 88.

⁶⁰ Principio N° 32. Op. Cit. p. 72.

cual debe planificar el desarrollo, terminar con el despilfarro y destrucción de recursos materiales y humanos, dirigir de manera inteligente el progreso del país y su economía...”⁶¹

En este contexto de significación, la democracia se comprendía en cuanto etapa para el logro de un objetivo superior: la construcción del socialismo. Fue así como la condición para cumplir con este horizonte final pasaba por desarrollar las luchas necesarias que implicaran la transformación de las estructuras del Estado, haciéndolo transitar desde una condición exclusivamente oligárquica hacia un Estado fundado y organizado a partir de una nueva dimensión democrática que integrara a las grandes mayorías del país, permitiéndoles ser actores relevantes en el conjunto de decisiones atinentes al desarrollo de la nación.

Para ello la necesidad de pensar la transición como fenómeno se transformó en un tema de estrategia política, en la medida que de su definición dependió la manera como se definía la lucha no solo contra la dictadura, sino que además frente a posiciones ideológicas que aspiraban a minar los preceptos que habían sustentado la matriz de reflexión comunista. De ahí que, fue la densidad semántica de la Transición la que logró articular la experiencia y la expectativa comunista en un marco histórico dictatorial.

Por este motivo, las condiciones se presentaron proclives para la formulación de un juicio valórico – político a las posturas renovadas que daban sustento al descrédito de las propuestas comunistas:

“... de manera concreta en el Chile de hoy: no cabían ni caben ilusiones de transición a la democracia en los marcos de un régimen fascista. Dicho más precisamente: Pinochet no se irá si no lo echan. El marco que impone una tiranía fascista solo se lo supera si se lo rompe. (...) ¿Qué actitud tienen nuestros amigos frente a esto? En el mejor de los casos, el silencio. Pero aquí, quien calla otorga...”⁶²

Mirada así las cosas, para el comunismo las ambigüedades derivadas de los planteamientos de la renovación socialista proyectaban una renuncia costosa y peligrosa que tenía su máxima expresión en el abandono ideológico hecho por estos sectores de los postulados clásicos que habían dado integridad a la izquierda chilena. Ahora, en un contexto dictatorial, la conclusión apuntaba a que tal abandono no era más que fortalecer al enemigo común. Significaba suponer inocentemente la posibilidad de una salida diferente a aquella que la lucha resuelta, política e ideológica, demandaba.

El “Año Decisivo” y los Nuevos Escenarios Políticos: 1986

El año 1986 se planteó como un desafío para el Partido, como resultado de la propia denominación dada: “el año decisivo”. Más cuando la voluntad de la fuerza gobernante estaba inspirada por una voluntad de mantenerse en el poder a toda costa. Esto, a pesar de las iniciativas que determinados sectores materializaron mediante la publicación del conocido “Acuerdo

⁶¹ “50 Preguntas al Partido”. Boletín Rojo, N°64. 1984, p.30.

⁶² Araucaria, N°23. 198, p.167.

Nacional”, que fue interpretado por el PC como un nuevo esfuerzo guiado por una voluntad conciliadora con la Dictadura. En definitiva el documento firmado no era más que la suma de concesiones que desde sectores políticos afines al poder militar se hacía en favor de la misma autoridad dictatorial.

De este modo, el “año decisivo” se desarrollaba en la persistencia del llamado para la salida del General Pinochet del poder, como única vía posible para materializar un tránsito democrático y la resistencia hacia toda estrategia que pretendiera establecer condiciones de negociación con los militares gobernantes.

Sin embargo, el planteamiento y el comportamiento del PC en el marco del año 1986, estuvo marcado por los efectos políticos asociados al atentado contra el General Pinochet ejecutado por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Ante la postura de repudio generalizado por el intento de eliminación del General, el PC asumía una posición que fue considerada como coherente con el contexto que el país estaba viviendo. En este sentido, el PC leía la acción violenta en los siguientes términos:

“... en cuanto al atentado, nuestro Partido emitió una declaración sosteniendo que tal suceso debía analizarse teniendo en cuenta la situación insoportable del país y el comportamiento criminal permanente de la dictadura. Recordó que son miles los asesinatos cometidos durante estos 13 años de tiranía y sostuvo que el pueblo chileno en su inmensa mayoría no condena el atentado sino que lamenta que haya fallado...”⁶³

Más aun cuando el propio Partido reconocía que el derecho a la autodefensa de los sectores oprimidos no era más que el resultado de las diversas agresiones de las cuales el pueblo de Chile era víctima⁶⁴.

A pesar de esto, el PC reconocía que la ocurrencia del atentado repercutiría en las relaciones políticas de oposición con determinados sectores de la “oposición burguesa”, lo cual dificultaría la posibilidad de consolidar el objetivo de consolidar un frente amplio para el derrocamiento de Pinochet. Aun así, para el comunismo las condiciones impuestas por el atentado no podían desviar la voluntad de oposición a la Dictadura, resumida en la imposibilidad de establecer vías para la salida democrática con la permanencia del General Pinochet en el poder.

El llamado que formuló el PC apuntó a mantener la moral revolucionaria frente a la profundización de las políticas represivas que fueron implementadas desde el Gobierno como consecuencia del atentado. Mediante la revitalización de la identidad revolucionaria se hacía un llamado para el mantenimiento diario y cotidiano de la vocación de lucha en contra del Gobierno Militar, profundizando y vigorizando los principios doctrinarios que formaban parte de la línea política definida por la autoridad central del Partido.

⁶³ IPCC, 1986, p. 2

⁶⁴ “El Siglo”. 1° quincena. Junio, 1986.

En este contexto, el PC se enfrentó a las condiciones particulares del nuevo escenario político con una predisposición que evocaba las lecciones aprendidas nacidas del diagnóstico sobre las causas del Golpe Militar:

“... Se hace tanto o más necesario, a la luz de a actual coyuntura, que expongamos con precisión, claridad e inteligencia nuestra línea, sin ambigüedades ni torpezas. La firmeza y la flexibilidad son sus rasgos principales e inseparables. En ocasiones suele hacerse ostentación del primero con resultados que no siempre son positivos. El segundo de estos rasgos, la flexibilidad, exige tener especialmente en cuenta cada momento político, la situación concreta y general, en sus variados aspectos...”⁶⁵

Esta nueva coyuntura política estuvo singularizada por el reconocimiento que hizo el Partido sobre el progresivo proceso de aislamiento que estaba experimentado como resultado la posición adoptada frente al atentado y la violencia como medio legítimo de resistencia al poder represivo, a lo cual se suma el proceso de redefinición ideológica elaborado desde el comienzo de los años 80.

La denuncia del PC apuntaba a señalar que hacia noviembre de 1986 estaba en marcha un plan político que significaría en la práctica mantener en el poder al General Pinochet hasta 1989, junto con reconocer la validez de la Constitución de 1980. Tal circunstancia, no haría otra cosa, desde el análisis comunista, que establecer las condiciones necesarias para una fractura entre la oposición de izquierda y aquella que se reconocía y ubicaba en el eje político de centro – derecha. Para el Partido Comunista no existía la posibilidad sobrevivencia de la oposición común a la Dictadura si dentro de la misma existían sectores que apostaban por formalizar compromisos con la oficialidad militar, frenando cualquier voluntad de movilización social.

Desde la interpretación del PC, se institucionalizaba una política de abandono que se fundaba en una estrategia política de olvido de un conjunto de iniciativas que en algún momento le habían dado consistencia al frente de oposición a la Dictadura. Fue así como:

“... los partidos de centro - derecha han ido abandonando unas tras otras sus posiciones frente a la dictadura. Se olvidaron del Gobierno Provisional y de la Asamblea Constituyente. Ya no hablan de “Democracia Ahora”, ni de la desobediencia civil, ni de crear un estado de ingobernabilidad, ni de protestas o paros indefinidos, ni siquiera de la “no violencia activa” y apenas mencionan la movilización social. Dejan de lado la democracia en Chile y relegan a un tercer plano la Asamblea de la Civilidad. El Conjunto de estos hechos conforman una política de Pinochet. Este explota las debilidades de los opositores de centro – derecha y les exige más y más. Los lleva a la rendición incondicional...”⁶⁶

Quedaban así relegadas a la marginalidad política todas las propuestas e iniciativas que formaban parte de las propuestas autónomas del Partido y aquellas que habían nacido como

⁶⁵ IPCC, 1986, pp. 3 – 4.

⁶⁶ El Siglo. 1° quincena. Noviembre, 1986, p. 3

resultado de un trabajo colaborativo de las colectividades integrantes del Movimiento Democrático Popular.

Frente a este escenario, la conclusión elaborada por el Partido Comunista seguía siendo la misma. Tales posturas de la oposición no conducirían un tránsito real a la democracia, sino que las mismas apuestas negociadoras llevadas a cabo por estos sectores de la oposición no harían otra cosa que favorecer a los intereses políticos del General Pinochet y a los sectores que representaba.

La única vía posible para cumplir con el objetivo democrático era mediante la creación de un estado de movilización nacional popular que implicara la paralización del país, que permitiera la profundización de la lucha de masas. Para el PC fue esta la única vía mediante la cual se podría alcanzar la democracia en Chile.

Una propuesta para una salida democrática, el Plebiscito y la Democracia Posdictatorial: 1987 – 1989.

Frente a un escenario político adverso, como el que marcó la finalización del año 1986, el PC se vio en la obligación de declarar con mediana precisión los aspectos constitutivos de la propuesta que ellos elaboraron frente a la demanda por una salida democrática.

Uno de los primeros aspectos que enfrentó el Partido aludía a la violencia. Sobre este punto, se señaló que el Partido Comunista se hacía eco de la profunda inquietud que despertaba ciertas ambigüedades que demostraba el PC ante la legitimidad en el uso de la violencia como recurso válido para enfrentar a la dictadura.

Este punto se abordó replanteando un argumento que no resultaba novedoso, pero que dentro de la interpretación comunista mantenía su vigencia. En este contexto se comprendía que la violencia política, que el PC consideraba como legítima, formaba parte de un contexto general, dadas las agresiones que el Partido y la sociedad en su conjunto recibía por parte de la Dictadura. De esta manera demandar comportamientos políticos asimilables al descrito en el pasado democrático no correspondía, ya que el contexto dictatorial por su propia naturaleza reproducía la violencia.

Por lo tanto, para el PC el problema no estaba en la validación de la violencia, sino que el gran tema a ser discutido era la voluntad común de los sectores políticos de oposición para la creación de una propuesta de real democracia, alejada y ajena de cualquier transacción con el Gobierno Militar.

En línea con este planteamiento es que el Partido reconocía que al interior de la oposición existía una diversidad de proyectos democráticos, pero que dos eran los esenciales, estando enfrentados al mismo desafío:

“... uno más avanzado, del que es portador el Movimiento Democrático Popular y otros partidos de izquierda, y otro más limitado, que proponen las fuerzas de centro y de derecha democrática. Entre ambos proyectos hay una coincidencia básica: se proponen restaurar la democracia. Dividir la oposición en virtud de las diferencias existentes es un absurdo, pues la división impide la realización, no de un proyecto determinado, sino que de un proyecto democrático...”⁶⁷.

⁶⁷ “El Siglo”. 2° quincena. Febrero, 1987, p. 2.

En virtud de tal escenario es que el PC propuso que la democracia a ser alcanzada debía ser en esencia pluralista y pluripartidista, para así asegurar de manera concreta la participación. La democracia tendría que estar articulada sobre los principios que impidiesen y erradicasen la posibilidad de existencia del fascismo, junto con convertir en el centro de las preocupaciones las necesidades apremiantes de los trabajadores.

En este sentido, la unidad que se necesitaba para la consecución democrática incluso estaba al servicio de la posibilidad de alcanzar la expectativa que por esencia había definido el horizonte comunista:

“... No unimos, ni antes ni ahora, el fin de la tiranía, ni nuestra disposición al acuerdo unitario a la condición de que se conforme un gobierno democrático avanzado y mucho menos que todos acepten nuestro objetivo ulterior, el socialismo. Hemos dicho una y otra vez que estamos dispuestos a apoyar en todo lo que esté en favor del pueblo y del país, un régimen democrático con una orientación menos avanzada si es esa la decisión de la mayoría...”⁶⁸.

En este sentido, la disposición que manifestó el Partido Comunista fue la de construir las alianzas necesarias, con cualquier fuerza que se reconociera como opositora, para cumplir con una diversidad de objetivos: poner fin de la Dictadura; concordar los principios fundamentales sobre los cuales se descansaría la democracia futura; determinar las responsabilidades programáticas mediante las cuales se alcanzaría ese horizonte democrático. La concertación que pensó el PC tenía un solo fin: terminar con la dictadura de Pinochet.

Junto a lo señalado, el propio PC entendió que las condiciones dentro de las cuales se desarrollaría el tránsito a la democracia no solo repercutirían en el tipo de orden democrático a ser alcanzado, sino que también en el proceso de reconciliación social derivado de la experiencia dictatorial:

“... La reconciliación nacional no se puede lograr con buenas palabras y sermones, dicho esto sin desmérito de los sermones y las buenas palabras. Los problemas son concretos. La reconciliación entre los chilenos será efectiva si pasa por la derogación de la Constitución Fascista y el abandono de la Doctrina de la Seguridad Nacional, por la democratización del Ejército, y demás instituciones castrenses, por el respeto de los derechos humanos, por reconocerle al pueblo la soberanía del poder, por el fin de la dictadura...”⁶⁹

La representación construida desde el Partido se fundó en una evaluación elaborada a partir de la realidad nacional observada al finalizar la década del '80. Desde la perspectiva planteada, la sociedad chilena se encontraba atravesada por una serie de conflictos que profundizaban la división entre los chilenos: uno de esos conflictos apuntaba a la división de clases existente, que fue profundizada por la Dictadura gracias a su vocación reivindicativa de los intereses empresariales, propiciando y concentrando la riqueza en determinados grupos económicos; el éxodo de miles de

⁶⁸ *Ibíd.*, p., 4.

⁶⁹ “El Siglo”. 1º quincena. Marzo, 1987.

chilenos que se veían obligados a vivir fuera del país por motivaciones políticas, junto con un número importante trabajadores exonerados por exclusivas motivaciones ideológicas. Además, la posibilidad de consolidar un proceso de reconciliación pasaba por enfrentar y reformular la institucionalidad instalada por el Gobierno del General Pinochet. Fue así como la aplicación de la Doctrina de Seguridad Nacional, la Constitución de 1980, la declaración de inconstitucionalidad del MDP⁷⁰ solo eran antecedentes que obligaban a reformular el modelo de país que se heredaba desde la dictadura para dar cabida a la ansiada reconciliación con la finalidad de refundar una nueva convivencia nacional.

Por lo tanto, en un escenario de crisis como lo planteó el PC, la posibilidades de salidas eran múltiples, pero el contexto propiciado por sectores de la oposición asociados a la DC forzaron que se impusiera una vía que era mirada por el Partido como una estrategia de inspiración democrático – burguesa. Las nuevas condiciones creadas impusieron que la decisión asociada a la viabilidad de una salida política a la dictadura fuera mediante un proceso plebiscitario – electoral.

Si bien el PC se allanó a la decisión de participar en el Plebiscito a desarrollarse en octubre de 1988, mediante el llamado a votar por el “NO”, la visión crítica sobre el proceso no se relativizó.

“... El partido resolvió entrar también al terreno electoral, participando con toda decisión en la campaña plebiscitaria. Fue una decisión correcta. La adoptó una vez que en vastos sectores radicalizados del pueblo tomaron conciencia de la necesidad de dar este paso, influido en gran medida por nuestro trabajo político a este respecto. (...) En esas condiciones decidimos llamar a votar NO. Desarrollando nuestra posición de NO total a la dictadura, levantamos la consigna del “NO HASTA VENCER”, y proclamamos una conducta activa para desconocer la imposición del SI, porque este solo podría der la consumación del fraude. El “NO HASTA VENCER” identificó a extensos sectores...”⁷¹

Para el PC el 5 de octubre de 1988, representó una acción consciente del conjunto de la oposición en torno al NO, y fue una manifestación de los resultados concretos que se podían llegar a alcanzar cuando la oposición constituía una voluntad unitaria en la “lucha” contra el enemigo común.

Sin embargo, se entendió por parte del Partido que el proceso plebiscitario y la posterior elección para designar al nuevo Presidente de la República, solo propiciaban un cambio de autoridad que no tendría efectos en la esencia del modelo diseñado desde la autoridad dictatorial. De este modo, no abordaba dos aspectos fundamentales que el Partido consideró como estratégicos para dar cabida a una nueva democracia: la erradicación del “fascismo” y las modificaciones del modelo

⁷⁰ El Movimiento Democrático Popular fue declarado inconstitucional el 15 de enero de 1985 por requerimiento de una diversidad de Juristas y líderes políticos, entre los cuales se contaban Jaime Guzmán y Pablo Longueira. En específico mediante el REQUERIMIENTO FORMULADO EN CONTRA DE LAS ORGANIZACIONES DENOMINADAS “MOVIMIENTO DEMOCRÁTICO POPULAR (MDP)”, PARTIDO COMUNISTA DE CHILE, MOVIMIENTO DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIA (MIR), Y PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE (fracción que encabeza el señor Clodomiro Almeyda), PARA QUE SE DECLARARA SU INCONSTITUCIONALIDAD, EN CONFORMIDAD AL ARTÍCULO 8° DE LA CONSTITUCIÓN POLÍTICA DE LA REPÚBLICA. TRIBUNAL CONSTITUCIONAL, Rol N°21.

⁷¹ “Convocatoria al Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile”. Diciembre, 1988, p. 14.

económico construido en Dictadura. Más aun, la preocupación que enfatizó el PC apuntó a que no había posibilidad de una democracia cierta si el General Pinochet seguía formando parte de la vida política del país. Por lo tanto, el diagnóstico que se elaboró en el marco del plebiscito del 1988 y de la elección presidencial de 1989 fue la prolongación del régimen instalado por el Gobierno Militar. Así fue como el PC afirmó:

“... no podemos dejar de considerar que una salida democrático – burguesa no sería una real solución a las aspiraciones de las masas que reclaman libertad y justicia social. Dicha salida estaría constreñida por el dominio del capital oligárquico e imperialista y por el peligro permanente de una nueva intervención militar reaccionaria. Si a lucha del pueblo no alcanza la dimensión necesaria para avanzar hacia una democracia verdadera, puede sobrevenir un régimen cautivo, con tutela militar como lo contempla la constitución fascista...”⁷²

En definitiva, el comunismo chileno, a finales de 1989, abogó por una salida que precipitara los cambios democráticos en Chile. La demanda que se elaboró apuntó a establecer un itinerario que se constituyera en un tránsito paralelo al propuesto por la oficialidad gobernante. Esta era la única forma que se entendía viable para conducir al país en un proceso de real democratización de la sociedad y del Estado, que asumiera la urgencia de constituir un orden democrático fundado en una nueva institucionalidad, el respeto a los derechos humanos, una política económica que estuviera al servicio de la mayoría de los chilenos y de la solución de los problemas históricos que han afectado a la sociedad chilena en su conjunto.

En conclusión, el contexto convulso y dinámico de la década de los 80, implicó que el Partido tuviera que asumir los diversos escenarios que se fueron sucediendo uno tras otros. Esto llevó a que el PC tuviera que precipitar y definir el curso de acción política frente a las diversas contingencias que el proceso político chileno mostró en el desarrollo de la década.

De esta dinámica temporal, propia de la aceleración histórica que caracterizó el acontecer de los años 80 en Chile, impuso la vigencia del horizonte de expectativa democrático por sobre el campo de experiencia histórica o crítico elaborado desde el Partido. Definió una disputa entre pasado y futuro que influyó en el acontecer experiencial de los actores políticos frente al eventual escenario que se describía a luz de los acontecimientos. La repercusión en la forma cómo el PC articuló semánticamente el concepto de Transición no estuvo ajeno de la realidad que marcó la experiencia dictatorial de los comunistas chilenos.

Bibliografía y fuentes.

Boletín Exterior del Partido Comunista de Chile.
 Periódico “El Siglo”.
 Revista “Principios”.
 Revista “Araucaria”.
 Revista “Chile – América”.
 Informe al Pleno del Partido Comunista.

⁷² *Ibíd.* p. 15.

- Aleksiéovich, S. 2015. El fin del “homo sovieticus”. Barcelona, ed. Acantilado.
- Álvarez, R. 2003. Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista, (1973 – 1980). Santiago, ed. LOM.
- _____ 2011. Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura. 1965 – 1990. Santiago, ed. LOM.
- _____ 2015. Gremios empresariales, política y neoliberalismo. Los casos de Chile y Perú (1986 – 2010). Santiago, ed. LOM.
- Andrade, J. 2015. El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político. España, ed. Siglo XXI Editores.
- Aránguiz, S. 2012. Rusia roja de los soviets: recepciones de la revolución rusa, del bolchevismo y de la cultura política soviética en el mundo obrero revolucionario chileno (1917 – 1927). Tesis para optar al grado de Doctor en Historia. Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia.
- Casals, M. 2016. La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la <<campaña del terror>> de 1964. Santiago, ed. LOM.
- Guzmán, N. 2016. El Fanta. Historia de una Traición. Santiago, CEIBO ediciones.
- Hertz, C. Ramírez, A. Salazar, M. 2016. Operación exterminio. La represión contra los comunistas chilenos (1973 – 1976). Santiago, ed. LOM.
- Hobsbawm, E. 2003. Historia del siglo XX. Barcelona, ed. Crítica.
- Jocelyn – Holt, A. 2009. La independencia de Chile. Tradición, modernización y mito. Santiago, ed. Planeta.
- Judt, T. 2011. Postguerra. Una historia de Europa desde 1946. Madrid, ed. Taurus.
- Lesgart, C. 2002. “Usos de la Transición a la Democracia. Ensayo, Ciencia y Política en la Década de los Ochenta”. En ESTUDIOS SOCIALES. Revista Universitaria Semestral, año XII, Nº 22-23. Universidad Nacional del Litoral.
- _____ 2003. Los usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década de los ‘80. Argentina, ed. Homo Sapiens Ediciones.
- Massardo, J. 2008. La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren. Contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena. Santiago, ed. LOM
- Mella, M. 2001 “Referentes Internacionales Para el Giro Reformista de la Izquierda Chilena (1975 – 1990)”. En Espacios Públicos, Vol. 14, Nº30, Universidad Autónoma del Estado de México, enero – abril.
- _____ 2015. “Marxismo – Leninismo, pensamiento iconoclasta y nuevo sentido común socialista en Chile durante la década de 1980” en Revista Izquierdas, nº 24, julio, IDEA – USACH.
- _____ (Comp.). 2011. Extraños en la noche. Intelectuales y usos políticos del conocimiento durante la transición chilena. Santiago, Editorial RIL.
- Moyano, C. 2009. “Un Acercamiento Histórico Conceptual al Concepto de la Democracia en la Intelectualidad de la Izquierda Renovada. Chile, 1973 – 1990”. Revista Izquierdas, año 2, Nº3. USACH – IDEA.
- _____ 2009. Mapu o la seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del partido – mito de nuestra transición. (1969 – 1973). Santiago, ed. Universidad Alberto Hurtado.
- _____ 2012. El Mapu durante la dictadura. Saberes y prácticas políticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile. 1973 – 1989. Santiago, ed. Universidad Alberto Hurtado.
- Muñoz, V. 2016. Historia de la UDI. Generaciones y cultura política (1973 – 2013). Santiago, ed. Universidad Alberto Hurtado.
- Pinto, J. y Valdivia, V. 2001. ¿Revolución proletaria o querida chusma?: socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911 – 1932). Santiago, ed. LOM
- _____ 2009. Chilenos todos. La construcción social de la nación (1810 – 1840). Santiago, ed. LOM.

- Poch de Feliu, R. 2003. La gran transición. Rusia 1985 – 2002. Ed. Crítica.
- Stuven, A. 2000. La seducción de un orden: las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX, Santiago, ediciones Universidad Católica de Chile.
- _____ 1997. “Una Aproximación a la Cultura Política de la Elite Chilena: Concepto y Valorización del Orden Social”. Revista Estudios Públicos, Nº66. CEP – CHILE.
- Urtubia, X. 2015. Hegemonía y cultura política en el partido comunista de Chile: la transformación del militante tradicional, 1924 – 1933. Santiago, ed. Ariadna Universitaria.